

# EL ECO LITERARIO.

## SEGUNDA SÉRIE.

En Valencia 4 rs. al mes.

Núm. 18.--Domingo 2 de setiembre de 1849.

En provincias 15 rs. por trimestre.

### AMOR DE HERMANO.

NOVELA.

(CONTINUACION.)

III.



la misma hora, poco mas ó menos, que Luis saltaba en el puerto de la Cruz, tres personas salian de la villa de Orotava, montados cada uno en su caballo, precisamente en direccion á aquel punto.

Era la una Leonardo de San Justo, hermano de Luis; la otra su prometida esposa Joaquina; y finalmente, el padre de ésta, don Tomás Heredia, riquísimo comerciante establecido en Santa Cruz.

Joaquina era una bellísima jóven que, apenas manifestaba diez y seis años, aunque ya frisaba en los veinte. Llevaba un vestido color de lila, de manga estrecha y cerrado por el cuello, al cual se ceñía una corbatita de seda azul-claro, cuyas puntas ondulaban sobre su pecho á merced del viento. Sus pequeñas manos, cubiertas con guantes de hilo de Escocia, manejaban con gracia las riendas del caballo. Cubria su rostro una máscara de seda negra que sin duda se habia puesto para resguardarlo de la influencia del sol. Completaba su trage un pequeño sombrero negro, por debajo de cuya ala caian sus negros cabellos, y un velo blanco que flotaba sobre sus espaldas.

Aunque Leonardo no habia querido salir en compañía de su prima y tio á recibir á Luis, porque otros deberes embargaban su atencion, importunado por los ruegos de Joaquina, cuyos deseos eran órdenes para él, se decidió á hacerlo con tanto mas placer, cuanto en aquella cabalgata esperaba disfrutar de gratas emociones. Unas por ir en compañía de Joaquina, y otras por ver y abrazar á su hermano, á quien profesaba un entrañable cariño.

Cuando salieron de la Orotava eran ya las once, pero como los caballos iban á buen paso, no tardaron en llegar á una pequeña elevacion que formaba el camino, á una legua del puerto.

Alli acordaron hacer alto; desmontaron, y atando los caballos al tronco de unos tilos, se sentaron á su sombra para sustraerse al excesivo calor.

Don Tomás, que era aficionadísimo á la botánica, se introdujo en una espesura cercana, con intencion, segun dijo, de herborizar, aunque la hora no era muy á propósito para el caso.

Merced á su ausencia, quedaron solos Leonardo y Joaquina, y su conversacion, que hasta entonces habia versado sobre cosas insignificantes, tomó bien pronto una entonacion impregnada de ese suave perfume de poesías con que los amantes embellecen las palabras acaso pronunciadas cien veces al dia.

El amor que se profesaban los jóvenes de que hablamos, sin participar de los delirios que algunos años mas tarde introdujeron los románticos, tenia empero el refinado idealismo, que entre muchas cosas malas, nos legaron los apóstoles de esa secta que tanta polvareda levantó en el mundo literario.

Asi, en la conversacion que vamos á referir, no esperen encontrar mis lectores, esas exageradas protestas de constancia eterna, ni esos delirantes trasportes, que para algunos entusiastas del romanticismo son el lenguaje mas adecuado á una pasion profunda. Las protestas y juramentos de los hombres de nuestros dias, deben tomarse en lo que valen; es decir, en nada, y sirva esto de consejo á las bellas. De nosotros diremos, que á formar parte del sexo hermoso, desconfiaríamos en alto grado de tantas mentidas palabras, tantas hiperbólicas alabanzas, tantas quejas infundadas, tantos celos ridiculos, etc. etc.

El idioma del amor no necesita del falso oropel de esa fraseologia brillante. Ora sea dulce y tranquilo como el sueño de la infancia, ora impetuoso y ardiente como el simoun del desierto, el amor posee su lenguaje peculiar. El sentimiento es su fuente; su templo el corazon; sus frases los hondos gemidos y flébiles suspiros; el espiritualismo el faro que le guia.

Sea dicho esto, sin que pretendamos violentar las ideas de nuestras hermosas lectoras, ideas que

respetamos, por lo mismo que deseamos se respeten las nuestras. Nosotros no queremos dogmatizar; solo aconsejamos, como un hermano aconsejaría á su hermana, ó una madre á su hija. Concluimos manifestando á las mismas, que las deseamos de todo corazón, uno ó dos ó mas (según tengan el órgano de la *amatividad* mas ó menos desarrollado) novios jóvenes, hermosos y ricos.

Hora es ya de que volviendo á nuestros dos amantes, reñiramos su conversacion.

Apénas desapareció don Tomás, Joaquina llevó las manos á su linda cabeza para desatar las cintas de la máscara; sin duda el nudo estaba muy apretado, porque acercándose á Leonardo, le dijo con tono de dulce intimidad.

—¿Quiéres desatarme la máscara, Leonardo?

—Con mucho gusto, Joaquina. Inclina un poco la cabeza porque no veo bien....

Joaquina se quitó el sombrero y reclinó su cabeza en el hombro de su amado con inocente abandono.

—¿Está ya? preguntó despues.

—Aun no: está tan bien apretado el lazo, que no puedo....

—¡Malditas cintas! ¡Qué idea la mia de salir con máscara!

—Escelente, Joaquina; los rayos del sol calientan demasiado, y hubieran estropeado tu delicado cutis.

—¡Oh! ¡vaya una lástima! Entonces parecería menos hermosa al señor Leonardo, ¿no es verdad?

—Para mí siempre serás la misma; siempre veré en tí la mas bella de las mugeres....

—Como yo en tí el mas adorable de los hombres.—¿Se desata el nudo?

—Me parece que será necesario cortarlo.

—Córtalo pues, y respire ya con libertad el puro ambiente que nos rodea.

—Ya está.

La máscara cayó sobre el césped, á los pies de Joaquina.

—¡Gracias á Dios! No costó tantos afanes el nudo gordiano.

—Y ahora ¿qué hacemos?

—Lo que quieras, Leonardo.

—Vamos, pues, á la sombra de ese plátano que está junto al arroyuelo.

—He observado—replicó Joaquina apoyándose en el brazo de Leonardo—que cuantas veces hemos pasado por aqui me has señalado ese árbol. ¿Qué mágico encanto tiene para tí? ¿Es la mansion de alguna hamadriade?... ¡Oh! me harás estar celosa.

—Es el árbol del bien, contestó Leonardo sonriendo.

—Cuando era niña me enseñaron que el árbol del bien—y tambien del mal—estaba en el paraiso. No seria extraño, pues, que fuera ese, porque este valle es un Eden en miniatura.

—Solo una Eva le faltaba, y ya la tiene desde que tú pisas su suelo.

—Dejemos eso, y sepamos por qué este plátano es el árbol del bien.

—Junto á él te ví la vez primera, Joaquina. Mira si puedo llamarle, con razon, el árbol del bien, cuando le debo toda mi felicidad.

—Yo tambien le deberé la mia, porque si no me hubieras visto no me envanecería con poseer tu amor.

—Sentémonos á su sombra, Joaquina, y envueltos en su anchuroso follage, evoquemos un mundo de recuerdos, de ilusiones y de esperanzas.

—Sí, dices bien, Leonardo; cubrámonos con su manto de verdura, y sumidos en mudo recogimiento, recordemos ese pasado tan abundante en dulces emociones, gocemos sin recelo del presente, y pensemos en la inmensa ventura que nos ofrece el porvenir.

Y ambos se sentaron sobre un tronco que yacía tendido á los pies del plátano.

—¡Oh!—continuó Joaquina.—¡Qué sitio tan bello! ¡Cuán puro es el ambiente que aqui se respira! ¡Cuán hermoso el horizonte que se divisa! ¡Mal hayan las ciudades! ¡Quién pudiera huir de ellas para siempre! Lejos de su bullicio, apartados de los seres que tememos, aquí, en el campo, en compañía de los que amamos, nuestra existencia se deslizara tranquila y serena como la corriente de ese arroyuelo. Nuestros dias serian contados por las horas de inefable dicha que tendríamos. ¡Qué de puros placeres sin inquietudes! ¡Qué de recuerdos sin remordimientos! Al despuntar el dia subiríamos á las verdes colinas del valle, á contemplar la venida de la aurora; bajaríamos despues á la vera de sus arroyuelos y aspiraríamos el primer perfume de las flores. Cuando el sol se elevase en el horizonte nos retiraríamos á la quinta, donde nos esperaria un modesto desayuno. Luego, la lectura de los buenos poetas, la de algunas obras de historia, el dibujo, la música y otras ocupaciones tan agradables como instructivas, se llevarian el resto de la mañana. Por la tarde, iríamos de cabaña en cabaña enjugando el llanto de los desgraciados, y socorriendo sus necesidades.... porque.... ¿no es verdad, Leonardo, que nuestra felicidad no nos haria egoistas? ¿No es cierto que no seríamos dignos de ella, si no deseáramos la de los demas?

—¡Qué alma la tuya!—contestó Leonardo conmovido.—¿Quién pudiera seguir el vuelo de sus aspiraciones? Aunque inferior á tí, Joaquina, el eco de tus palabras encuentra eco en mi corazón. Al escucharlas, pienso si algun ángel las pone en tus labios, ¡si eres tú misma un ángel caido! Sigue, que si no puedo elevarme hasta tu altura, te admiro y te comprendo.

Joaquina continuó.

—Por la noche al tibio resplandor de la luna,

sentados los dos junto al árbol del bien....

—¡Encantadora! exclamó Leonardo mirándola con ternura.

—Nos contaríamos nuestras impresiones de la tarde; y cada lágrima enjugada, cada infortunio consolado, sería un nuevo estímulo para continuar al siguiente día.

—Lástima que sean solo ilusiones.

—¿Y por qué no pueden trocarse en realidad? Papá, que como tú sabes, piensa establecerse en la Orotava, me ha prometido que apenas se realice nuestro enlace, comprará una de esas bonitas casas de recreo que se ven en el valle. Yo haré lo posible para que—si puede ser—esté cercana al árbol del bien.

—¿Otra vez?

—¡Oh! sí, el árbol del bien no debemos olvidarlo.

Leonardo iba á contestar, cuando oyeron la voz de don Tomás que gritaba:

—¡Joaquina! ¡Leonardo! Venid, que se ve subir gente por la cuesta.

—Allá vamos, papá—contestó Joaquina.

—Tal vez serán ellos—dijo Leonardo levantándose.

—Vamos pronto, que tengo vivos deseos de conocer á tu hermano.

Joaquina se apoyó en el brazo de Leonardo, y ambos se dirigieron hácia los tilos.

*Pedro Pruneda.*

(Se continuará.)

A. J. V.

(19 de agosto).

¡Oh encantadora luz de mi ventura,  
ángel hermoso, gloria y amor mio!  
abre tu corazón, y de ternura  
vierte para anegarme inmenso río:  
sonríanme tus labios de dulzura;  
tú eres de mi alma norte y albedrío;  
ama cual amo yo, siente cual siento,  
no dejes, no, mi corazón sediento.

Flor en el campo para mí nacida  
y á mi tierno cuidado encomendada,  
solitarios los dos, de nuestra vida  
pasamos entre afanes la alborada:  
nadie, no mas que yo, te ama y te cuida;  
nadie, no mas que tú, de mí se agrada,  
vivamos, pues, en cariñosos lazos  
siendo de un solo corazón pedazos.

¿Qué importará que en derredor se agite  
súbito el Noto, y tiemble en su cimientó  
la tierra con fragor, y se marchite  
el suelo y quede oscuro el firmamento?

¿Qué importará que el huracán irrite  
su furia mas y mas, y por tormento  
mayor nos lance, leves navecillas,  
al borrascoso mar, rotas las quillas?

¡Oh! nada, nada: en medio al torbellino  
los dos iremos del amor guiados:  
en nuestro rumbo incierto y peregrino  
traspondremos los mares, y enlazados  
á pesar de los hombres y el destino  
allá en remotos climas olvidados,  
renacerán la calma y alegría  
á la luz de otro sol de un nuevo día.

Allí su techo de zafir el cielo  
nos prestará, y aljófares la aurora;  
tus espejos serán del riachuelo  
los cristales que el sol argenta y dora:  
perfumes mil se exhalarán del suelo  
al tacto de su planta seductura;  
y tendrás en tan mágicos espacios  
grutas de adelfa y de arrayán palacios.

Reclinarás tu angelical cabeza  
sobre olorosas flores, que apiñadas  
recrecerán al sol de tu belleza,  
de tu dulce sonrisa enamoradas:  
los céfiros con lánguida pereza,  
sus alas, en tu aroma perfumadas,  
batirán, reposando suavemente  
sobre tu pecho y tu nevada frente.

Y cuando el sol tras nubes de amaranto  
baje al occidental triste horizonte,  
y cese el valle en su armonioso canto,  
y vista sombras al adusto monte;  
hasta que á dar mas delicioso encanto  
del mar la luna plácida remonte,  
al pie tranquilo de apacibles palmas  
conversarán de amores nuestras almas.

Solos y aislados nos verán los días,  
y las noches también solos y aislados;  
mas tú consolarás las penas mías,  
y prestaré yo alivio á tus cuidados:  
en el valle, en el soto, en las umbrías  
selvas de árboles mil entrelazados,  
feliz seré, mi amor, feliz contigo;  
ven, pronto, ven á serlo tú conmigo.

¿No tengo un corazón para adorarte,  
un corazón que es tuyo y por tí vive,  
y sabrá su existencia consagrarte  
porque otra mayor dicha él no concibe?  
Si nació para tí, si supo amarte,  
si de tí sola inspiración recibe,  
¿qué sacrificio por tu bien, costoso  
habrá para quien busca su reposo?

Yo no quisiera de tus bellos ojos  
arrancar ni una lágrima, bien mio,  
no quisiera mezclar rudos abrojos  
á las flores de amor que darte ansío:

mas ven, que son ya tantos los enojos  
con que me trata mi destino impio,  
que destilando sangre y amargado  
muere mi corazon enamorado.

¿Y qué poder á separar alcanza  
mi corazon del tuyo, vida mia?  
¿Cómo arrancar del pecho la esperanza,  
si en él profunda se sustenta y cria?  
Si en tu beldad y en tu virtud, bonanza  
hallar mi vida tormentosa fia,  
¿cómo á tan grato porvenir risueño  
negarse el alma cual si fuera un sueño?

Imposible, imposible: una existencia  
es la nuestra, y un soplo nos anima,  
emanacion de la increada esencia  
que al mundo todo por su amor domina:  
y de ese Dios de amores la influencia  
que enciende nuestro sér en luz divina,  
inestinguible hará nuestra ternura,  
íntima, dulce, celestial y pura.

*Juan Vila y Blanco.*

## POLITICA Y AMOR.

(Conclusion.)

### CAPITULO V (1).

#### EL CASTILLO.



A un año de estos tristes acontecimientos; y el rojizo sol de una tarde de Otoño cuando toca ya al ocaso, daba un aspecto imponente y magnífico á los soberbios y antiguos torreones de lo que fuera un castillo feudal, que en el centro de un pintoresco valle y á tres leguas de esta capital se descubria.

Acercándonos á sus venerables paredes podríamos distinguir perfectamente á una jóven asomada á una de sus góticas ventanas, que con un papel en la mano meditaba al parecer con gran ternura su contenido, y alzando de vez en cuando sus hermosos y expresivos ojos, daba digámoslo así tiernas despedidas al astro que con sus dorados rayos la bañaba.

Las profundas impresiones que su lectura la arrancaban, hubieran podido ser observadas, pero con fina

atencion, por los imperceptibles estremecimientos que de vez en cuando de sus blancos y delicados miembros se apoderaban.

La noche, que con su negro manto envolviera al castillo, la sacó por fin de su meditacion, y la hizo retirar al interior de su antigua y magestuosa estancia. No empero abandonó el papel que llevaba en la mano, y cuya lectura tantas veces repetida, aumentaba cada vez mas la mezcla de amor, esperanza, y temor, que formaba el campo de la lucha que sostenia.

Veamos, pues, el contenido de estas líneas que tan en conflicto la ponian:

«Elena: un año errante por Europa, siempre con el recuerdo de nuestro amor, que cual puñal clavado en mi corazon hiciera de dia en dia mas incurable la herida, era ya sobrado plazo para mi terrible impaciencia. Por medio de mil peligros vengo, ángel mio, á arrojarme á tus pies, y á que me digas de nuevo que me amas. Ya conoces, mi corazon y la verdad de mis palabras. Mis padres, débiles para resistir mis desventuras, murieron; nada, pues, me liga á este mundo sino tu amor; si tu débil pasion te deja fuerzas para resistir mi primera y última súplica de que me permitas besar tus pies, y recibir de nuevo tus juramentos de ser siempre mia, mañana sin demora me habré entregado á mis enemigos. Elige, pues; ó escuchas las palabras de un hombre que juzgo inútil decirte jamás se apartó del camino del honor, ó entregas al que tanto te ama, en los brazos del verdugo.»

No debemos dudar la contestacion de Elena; su virtud invulnerable apenas podia hacerle creer en los peligros de una lucha, y sobre todo, haber siquiera pensado en ello, hubiera sido creer incompleto al que con razon miraba como el tipo del hombre honrado, valiente y pundonoroso. Dejémosla, pues, esperar con palpitante corazon la entrevista con su amante, en la que se proponia inducirlo á que abandonase de nuevo á España, y esperara con resignacion á que el tiempo, apartando los obstáculos, les condujera sin peligro á gozar de una dicha sin fin.

Mientras estos pensamientos tenian lugar en el callado recinto de este castillo, fuertes patrullas de soldados guardaban las avenidas de una de las calles de la capital, y la casa de uno de los mas íntimos amigos de Alberto, era al presente allanada por los satélites del poder, presentando un cuadro altamente lastimoso. Las inútiles pesquisas que por todos lados practicaban, ponian á los que las hacian mucho mas furiosos, descargando su mal concentrada cólera sobre sus atónitos y acobardados dueños.

Si apartásemos la vista de esta enojosa tarea, podríamos fijar nuestra atencion en la ligera y precipitada marcha de un arrogante alazán, que con orgullo al parecer, llevaba á su callado y airoso ginete, que envuelto en oscura capa, tan solo dejaba al aire li-

(1) Véanse los números 14, 42, 15 y 16.

bre los centelleantes ojos que con impaciencia median el espacio que aun le separaba del antiguo edificio adonde sin duda se dirigia.

Era media noche, y las negras y caprichosas nubes que hasta entonces de continuo rodearan la blanca y triste luna, con su union habian al presente desairado su lánguida luz, volviendo de nuevo á hundir en una profunda lobreguez el campo que nuestro embozado recorría. No le era á este al parecer indiferente el cambio, cuando bajando algun tanto su embozo, dió una espresiva y satisfactoria mirada á las discretas nubes que tan gran servicio sin duda le prestaban.

Poca era ya la distancia que le separaba del castillo, cuando un hombre, presentándose á su paso, recibió de manos del ginete el caballo que hasta allí le habia conducido, al mismo tiempo que la orden de observar el mayor silencio mientras escondido estuviera.

Momentos despues, una escala de seda asida á una de las elegantes y finas columnitas que adornaban las góticas ventanas de un campestre y antiguo edificio, daba subida, aunque no fácil, á nuestro misterioso personage.

Interin él penetra en su recinto, observemos algunos hombres armados que siguiendo su mismo camino, van avanzando hácia este mismo punto.

Dejamos á Elena, lector querido, en el interior de una sala de su castillo, con el corazon palpitante de temor, por el peligro que corría la vida de su Alberto: la presencia de este en su estancia aunque esperada, acababa de estremecerla involuntariamente. Arrojados en brazos uno de otro, largo tiempo estuvieron estos desgraciados con las manos fuertemente entrelazadas, comunicándose, digámoslo así, por medio de ellas, la ternura que rebozaba de sus corazones, hasta que sus lenguas, menos embargadas, pudieran, si no del todo, dar alguna manifestacion de lo que pasaba por sus enamoradas almas.

Encuentro mi pluma harto débil para describir estas escenas, que por otra parte son indescriptibles, para los corazones que por su desgracia no hayan sido creados para conocer estas sensaciones tan profundas del alma, que apartando al hombre del materialismo que le rodea, le elevan á una altura podemos decir divina, desde donde con mas precision puede contemplar la grandeza y poder del que todo lo ha creado... Alberto; Elena; séres desgraciados que en medio de vuestra borrascosa vida no habeis encontrado sino lágrimas y desventuras; gozad, sí, gozad, aunque breves instantes, de esa sublime dicha de apretar vuestros inflamados corazones reunidos momentáneamente entre los mayores peligros, pues una sola vez en la vida os será dado remontaros al empíreo ideal desde donde casi se descubre el cielo.

Pasada una hora, sopló leve que refrescara las amargas penas de esta desventurada y pura pareja, la doncella de Elena vino á avisarle que su anciano pa-

dre le quería prevenir oyese sin susto el ruido de las armas de los que por orden del gobierno se preparaban á invadir el castillo.—Un mortal temblor se apoderó de la desgraciada, la que únicamente pudo balbucear estas palabras: «Alberto, mi bien, sálvate.» Este, que oyera ya los cansados pero cercanos pasos del padre de su amada, se decidió á dejarla aunque desmayada en los brazos de su camarera, no sin dar su primero y último beso en aquella virginal y blanca frente.

Como debemos creer, no era el móvil de su precipitada fuga el salvar su perseguida vida, si solo, el salvar el honor de su hermosa y adorada Elena.

Un momento despues, la escala mal sujeta dejaba caer el cuerpo de Alberto sobre las bayonetas de los esbirros que abajo le esperaban.

Esta fue la terrible cama en donde nuestro infortunado jóven llegó á descansar de los breves pero azarosos dias de su existencia.

## CONCLUSION.

Seis meses despues de esta catástrofe, el fúnebre sonido de la campana del castillo atraía la atencion de campesinos y transeuntes, que con dolor entraban en su capilla á contemplar los blancos restos de una jóven, pura flor en su tallo agostada. Los que como nosotros hubieran estado en el secreto de la causa de su temprana muerte, tambien con nosotros podrian haber exclamado: «Los que poseen corazones fogosos y entusiastas, generalmente suelen ser conducidos á un desgraciado fin, por la política ó el amor.»

M. de O.



## FUNDAMENTOS DE UN NUEVO CODIGO MILITAR,

POR EL BRIGADIER

DON FRANCISCO FELIU DE LA PEÑA.

Hé aqui el título de una obra que verá la luz pública muy en breve, y que sin temor de adelantar juicios, producirá bienes inmensos á la sociedad, no precisamente porque sirva de garantía el nombre de su autor, ventajosamente conocido en otras publicaciones de intereses y utilidad general, sino por las importantísimas materias que en ella se dilucidan, y que ha tenido ocasion de estudiar muy á fondo. Nadie desconoce que el estado actual de nuestra nacion necesita ahora más que nunca toda clase de reformas, para que pueda algun dia ocupar el alto puesto á que le hacen justamente acreedor los heroicos sacrificios de sus hijos, y á nadie se desconoce que una de las mas capitales es la jurisprudencia militar. El caos en que yace envuelta, la multitud de disposiciones que se encuentran esparramadas por todas partes, y sobre todo el progreso siempre creciente del siglo, merecen que alguno se ocupe de esta materia tan trascendental. Reunir en un solo código tan innumera-

ble multitud de encontradas disposiciones, formular un pensamiento grande, fecundo, humanitario, en armonia con los adelantamientos de la época y las necesidades del siglo; hé aqui lo que el autor se propone, y que no dudamos llevará á cabo, si tomamos en cuenta los conocimientos especiales de que se halla adornado en estos importantes ramos; porque si el ejército ha de tener *administracion de justicia*, es preciso, como dice muy bien el autor, conocer primeramente lo que en el ejército se entiende por delito, y cuáles son los tribunales que han de juzgar, ó si debe haber fuero especial. Cuestiones son estas concienzudamente examinadas por el autor de la obra que anunciamos y que recomendamos eficazmente á nuestros lectores, y de lo cual nos ocuparemos con mayor estension.

## TOROS.

### PRIMERA CORRIDA.



LEGARON los días 26, 27 y 28 y con ellos el bullicio, la animacion y el contento, propios de un pueblo que espera ansioso ver la verdad practicada, tras la cual corre en vano de continuo, sin poderla encontrar ni aun averiguar su existencia. Es posible que al espresarnos así haya algun quisquilloso y descontentadizo que quiera encontrar en nuestras palabras esceso y error; y á este le contestaremos que la verdad, palabra de la cual se abusa tan frecuentemente, manto bajo cuya sombra se cobija casi siempre el engaño, la perfidia, la traicion y la mentira, y frase sacramental que se escribe en todos los dogmas, en todas las creencias, en todos los sistemas, en todas las banderas, y en todos los partidos; es por casi todos despreciada, calumniada, ultrajada, atropellada, olvidada y despedazada: así nos lo enseña el mundo y lo que es mas, así nos lo dicen irrecusables autoridades, como la de *Isaias* que nos la presenta escondida, retirada y en el mayor olvido (1); *Daniel*, postrada y arrastrada por las calles (2); *David* desfigurada (3); *Job* murmurada por la malicia (4); *San Pedro* aborrecida y blasfemada de todos (5); *San Marcos* presa (6); *San Pablo* cargada de grillos y encadenada en los mas oscuros calabozos (7); y por último, *Oseas* desterrada del mundo (8). Quede, pues, sentado que si no es imposible encontrar y ver la verdad, es al menos tan costoso y difícil, como la mas costosa y difícil cosa del mundo; y de aquí esa alegría, ese sentimiento de profunda satisfaccion y esa incomparable complacencia con

- (1) Jacta es veritas in obliuionem. — Isai. 59, 14.
- (2) Prosternetur veritas in terra. — Daniel. 8, 12.
- (3) Diminute sunt veritates á filiis hominum. — Ptal. 11, 2.
- (4) Detrahebant sermonibus veritatis. — Job. 6, 25.
- (5) Via veritatis blasfemabitur. — Petrus. 2, 2.
- (6) Apprehenderunt eam. — Marc. 11.
- (7) Veritatem in injustitia delinent. — Ad Roman. 18.
- (8) Non est veritas Dei in terra. — Ose. 4, 1.

que se ha visto á un pueblo entero acudir á la plaza de toros á presenciar sin peligro una funcion donde todo pasa por el crisol de la verdad. Baste, pues, de introito, y vayamos al grano.

Un lleno completo en los tres dias de corrida, daba á la plaza el aspecto mas animado del mundo y la algazara propia de tales casos revelaba bien que aquella muchedumbre, olvidándose del impuesto, solo apetecia divertirse: Llegó, pues, el momento deseado y aparecieron, en cuadrilla, con los capotes terciados los apuestos peones, precedidos por un algüacil y escoltados por los ginetes; marcharon tranquilos y serenos delante del palco del presidente para hacer el gracioso saluço de ordenanza, y dispersos pasaron los picadores, que por cierto eran tres, á colocarse sucesivamente, y en sus respectivos puestos, á la izquierda del chiquero. El algüacil, vestido á la española antigua, (por primera vez en esta plaza) se presentó á caballo y recogiendo la llave, fue á dar libertad á los que con ansiedad llamaban: de repente abrióse el toril y apareció en la plaza un soberbio toro, de don José Fuentes, con divisa morada; salió pegando, y tomó nueve varas, tres del Coriano, cuatro de Gallardo y una de Sanchis, matádoles dos caballos y haciéndoles medir el suelo otras tantas veces; pusiéronle los muchachos tres pares de frente y una á media vuelta, y hecha la señal de muerte se presentó el señor Redondo que vestia azul celeste y plata con faja color blanco, y con la muleta y espada en la mano izquierda, fue á tomar la venia de la autoridad, y volteando la montera le dirigió las siguientes palabras: «*Por uzia, po la zalú de los hijos de Valencia, po los forasteros y tambien po eyas*», y dando media vuelta tiró su montera y cogiendo la espada con la mano derecha se fue en busca del vicho; dióle tres pases al natural, una estocada en hueso, un pinchazo y murió de un volapié corto en todos los altos; así acabó esta fiera que se aplomó á la muerte, la que sufrió dándole las tablas.

El segundo, ojo de perdiz, corni-blanco, bien engatillado, con divisa azul y blanca y de la propiedad de don Elías Gomez; del picador Gallardo tomó siete varas y le hizo medir el suelo matándole dos caballos; Ceballos le arrimó cinco *puazos*, y al Coriano le revolcó matándole dos jamelgos, despues de recibirlo cuatro veces, con dos pares de rehiletos; marchó á la muerte, y lo despachó el señor Gimenez de un pinchazo á la carrera y una estocada al descuido.

Despues de limpio el circo, salió á la arena el tercero, de la misma ganaderia, gacho-pardo, y despues de reconocer el terreno, se paró y tomó catorce *puyazos*, matando siete caballos; lo pareó el medio espada al trascuerno y de frente, y el Chiclanero lo mató de una en todos los altos, recibiendo, yendo á descansar al lado de una de sus victimas.

De don José Fuentes era el cuarto; divisa morada, castaño-claro, brabucon; le capeó el Chiclanero á la navarra, tomó nueve varas sin lesion alguna, le colgaron los pendientes y el señor Gimenez le dió una estocada á pase de banderillas sin trastearle, y murió de tres pinchazos y bajo las poderosas manos del señor Mosca el puntillero.

Llegamos al quinto para decir lo que pasó: era de la ganaderia y divisa misma que el tercero, corni-lanero, bozo-blanco, coletto; receloso le consintió Sanchis y creciéndose tomó diez varas dádoles tres porrazos y matan-

do dos corceles. Los pares le sentaron bien, y Redondo le despachó de un golletazo al salir de estampida huyendo de la muleta.

El sexto: no andar con bromas, que el asunto no es para menos. En Moral-zarzal estaba educado el animalito que con divisa morada se presentó, y al salir del toril, observando que le miraban se retrajo; pero partiendo de nuevo, hizo rodar á dos, de los tres que le aguardaban: continuó la zambra y pasó á la suerte de banderillas, después de despachar seis caballos, tomando trece varas. Gimenez le hizo pasar á mejor vida de una buena, recibíendole.

El séptimo no hurtar, y sino hurta el cuerpo el señor Sanchis, se queda á disgusto suyo en esta; de Colmenar era el indino, que aunque salió receloso, se creció al castigo y tomando diez y siete varas, revolcó ocho veces á los cabalgadores, matándoles siete caballos: con seis pares cuatro á media vuelta y dos á topa-carnero, le hizo morder la tierra el Chiclanero de dos en hueso á pase de banderillas y una buena, recibíendole.

El octavo y último de la corrida, con divisa morada, castaño claro, nada dejó que desear, pues cerrándose en reñida lucha con sus enemigos, tomó veinte varas, y demasiado obediente al capote del quitador, solo mató dos caballos: el Chiclanero con toda la gracia que Dios le ha dado, le puso cinco pares dobles y cargado de leña, concluyó la funcion de un pinchazo y una buena recibíendole, que le dió Gimenez.

La funcion estuvo acertada y todos cumplieron: faltáramos si no tributáramos los elogios que se merece el señor presidente, con sus acertadas disposiciones.

#### SEGUNDA CORRIDA.

En esta, como en la anterior, vióse el circo lleno mas allá de lo que podia y debía esperarse, y á juzgar por el primer lance que tuvo lugar en la plaza, habia de temer que se convirtiese el citado en un campo de desorden y de tremendas catástrofes. Fué el caso que como el día anterior, apareció cabalgando en un fogoso corcel, ricamente enjaezado, el alguacil encargado de recoger la llave del chiquero; pero oh desgracia! aun no habia recibido el instrumento libertador que el presidente se disponia á arrojarle, cuando asombrado el animal y dando algunos botes, vióse á la justicia humana, representada en uno de sus oficiales, lanzada al suelo con violencia y atropellada por la fuerza brutal de aquel á quien oprimia los hijares pocos momentos antes. La Providencia sin embargo, que vela por las causas justas, sacó ileso al ginete que levantándose del suelo amostazado y mohino, se resignó á recibir la engalanada llave á pie y sin cabalgadura.

Con divisa morada, dando muestras de pertenecer al señor Fuentes, apareció el primero, avinagrado, bien armado: al salir del toril giró su cabeza á derecha é izquierda, miró al frente, no queriendo desjudiciar la ocasion que se le presentaba, arrancó á los tres que le esperaban, y dos besaron la tierra. Tomó quince varas, matando dos caballos, le colgaron tres pares y le mató Redondo de un pinchazo y un volapié corto.

El segundo, de Colmenar y con divisa azul y blanca, á nadie quedó duda que pertenecia á don Elias Gomez, negro, coli-delgado, corni abierto; tocó calar el melon á Gallardo que le mató el caballo, y siguió su juego

tomando nueve varas con la pérdida de otro rocin, y después de banderilleado se preparó á la muerte, que se la dió Gimenez, de dos en hueso, y una baja á volapié.

Retinto-oscuro, avanto y con la misma divisa que el anterior, se presentó el tercero: nadie creia lo que sucedió; tres vueltas dió en la plaza, y perdiendo la vergüenza cargó á los ginetes que los hizo rodar siete veces, matándoles nueve caballos y tomando diez y seis puyazos; le banderilleó Bari, poniéndole un par al tras-cuernos, y dos á topa-carnero, y le concluyó el hermano Redondo sin trastearlo, de una en hueso y un golletazo.

¡¡¡Baya un toro!!! gritaron los aficionados al salir el cuarto que con divisa morada, ostentaba su pujanza en los medios de la plaza; corriéronle dos capotes, y uno por uno tomó diez y ocho puyazos con pérdida de cinco caballos y otras tantas caidas; el vicho se aplomó y fue preciso avivarlo clavándole cuatro pares: salió á matarle Gimenez, concluyendo con tres pases al natural, de dos cortas y una buena recibíendole.

Tal palo tal estilla, gritó la gente al ver salir el quinto, de la misma ganaderia que el tercero: sin obligarle mucho tomó diez y seis puyazos con pérdida de tres jameigos, y revolcando seis veces á sus ginetes: con tres pares de banderillas se tuvo por suficiente para darle muerte; tocóle al Chiclanero, que lo brindó á la salud de la esposa del gefe político y por la gracia de las andaluzas y tambien de las valenzianas; dióle tres pases al natural y uno de pecho que le sacó del embroque en que se hallaba, y acabó sus días de una buena recibíendole, que lo descordó.

La corrida iba á pedir de boca: salió el sexto, dejando bien puesto el pabellon del señor Gomez, retinto-oscuro, belito; tomó once varas recargando en algunas, con la pérdida de tres caballos, y se dispuso á la muerte, que se la dió Gimenez de una buena, pasándole de parado.

Ostentando su divisa morada se presentó el séptimo, ali-negro, atejonado, y cargando al que se presentaba, nada dejó que desear, pues mató cinco caballos, recibiendo doce puazos: con los adminículos encima se conformó á la muerte que le empampiruló Redondo de una buena, que le llenó de aplausos.

Hermano del cuarto, aunque no de madre, se presentó el último, retinto, albardado, corni-abierto, y con mas piernas que una liebre; cerróse en cruda guerra cuantas veces le obligaron, saliendo siempre airoso aunque castigado. De dos en hueso y un golletazo, lo despachó Gimenez, dando con esto fin á la fiesta.

#### TERCERA CORRIDA.

La tercera corrida, como las anteriores, fue divertida y cumplieron los lidiadores su deber, sin que falsasen al suyo los vichos; pero tuvo lugar un incidente notable, que no podemos dejar en el olvido.

(Al salir el tercer toro, de arrogante aspecto, voluntario y despierto, se animaron los picadores y procuraron que luciese efectivamente, así sucedió; pero su afán fue bien recompensado, pues pidiéndole el sombrero á Gallardo desde la vaya, se lo devolvieron colocando en él una corona de hojas de laurel y oro con una cinta blanca en la cual se leían las siguientes palabras: «Al mérito de Juan Gallardo.» A esta demostracion siguieron otras de igual género y en pocos instantes aparecieron coronados el Coriano y Sanchis, dignos rivales de Gallar-

do, arrojando al mismo tiempo á la plaza gran cantidad de ramilletes de flores naturales, que fueron recogidos por los chicos. No nos sería fácil explicar el efecto que este espectáculo produjo en nuestro ánimo.)

Aquellas coronas de laurel, simbolo del talento, premio del mérito y emblema del génio; y que á primera vista hubiéramos creído mas propias para ceñir la frente de los grandes artistas, nos probaron nuestro error (al ver el entusiasmo con que el público supo acoger el pensamiento, tributando repetidos aplausos) y vinieron á demostrarnos que nada mas justo, nada mas bien concebido, ni nada mas propio que otorgar semejante premio á los hombres que por su audacia, por su arrojo, y por su afición á la lucha, debían considerarse como los mejores, mas legítimos representantes de nuestra actual sociedad. Como hemos indicado, la cinta que contenía la inscripcion era blanca, simbolo sin duda de la virginal pureza de aquellos mozos tan inocentes, tan sencillos y tan cándidos.

La plaza, en los tres dias, estuvo dirigida con suma inteligencia, y servida con un esmero y precision cual nunca se habia conocido en esta ciudad, lo cual fue debido al celo del señor don Melchor Ordoñez, gefe político de esta provincia, auxiliado por el señor Alcalde constitucional, que no perdonó medio para conseguirlo.



## TEATRO.

### REVISTA CRITICA.



HASTA el dia no podemos decir que se ha abierto el teatro, ni participar cosa que merezca ser leida. La incompleta compañía que ha abastecido estos dias de corridas la bonachona curiosidad de los forasteros, ha ejecutado *El pilluelo de Paris*, *Pedro el Negro*, *El campanero de San Pablo*, y *Las Travesuras de Juana*, mientras el Chiclanero y Gimenez descansaban de otras ejecuciones mas sangrientas y concurridas. Si la señora Ortega, el señor Olaso y un partiquino (cuyo nombre olvidamos en su beneficio) no recogian coronas, Redondo y Gallardo las tenían á puntapiés como que las regalaban. Coronas de oro y laurel al mérito tauromáquico! Si Dante y Tasso pudiesen ver coronado á un artista picador, en premio de su habilidad en llevar menos porrazos, ¿qué dirían de nuestra cultura?... Lo dejamos adivinar, porque nos ruboriza escribirlo.

Lo único nuevo que se ha representado en nuestro malhadado coliseo ofrece poca novedad. *Cuando quiere una muger...* hace lo que quiere. Asuntos como el de la pieza que lleva aquel semi-título, han sido manejados con gran ventaja por nuestros buenos poetas, en términos que hoy dia fuera preciso reunir la inventiva de Calderon, la malicia de Tirso, y el donaire de Moreto, para hacer pasar por mediana una composicion en que una muger enamora á un hombre contra su gusto.

La traduccion á que aludimos, ni está conforme con las costumbres de nuestro siglo, ni puede ostentar la carta de naturaleza que le ha querido dar el traductor: es uno de tantos juguetes, salpicados de pesadéz y alguna que otra salida de efecto; una pieza en dos actos sin argumento para uno bueno. La representacion careció de colorido y naturalidad, porque ni la señora Ortega, ni el señor Olaso, ni el señor Torres, sacaron de sus respectivos papeles todo el partido que podian.

Los señores Lombía, García, y don Mariano Fernandez, se hallan ya ajustados; el resto de la compañía futura es el escedente de la pretérita, y el complemento será tal vez la señora Toral, ó la Duclós. En cuanto á filarmonía, hasta el año próximo nada podemos prometernos con seguridad. La apertura del teatro se verificará el 15 del actual, ó el 1.º del entrante; la crítica dirá lo demas. Desde ahora auguramos pocas entradas y escasos aplausos, porque sin una mediana compañía de ópera, y sin una muy buena de declamacion que represente cada dos dias una pieza nueva, el teatro viene á convertirse en pequeñas tertulias de abonados, reducidos al tristísimo recurso de maldecir de las empresas. Si este es el único objeto de la actual, prepárese para oír sendas verdades, porque tanto el público como la prensa está ya por la justicia á secas.

## BIBLIOGRAFIA.

**DICCIONARIO NACIONAL DE LA LENGUA ESPAÑOLA.** Tercera edicion. Se han repartido los tomos 1.º y 2.º y *El Suplemento*, de esta importantísima obra, á todos los señores suscritores que los tenían abonados á su debido tiempo. Los señores suscritores que todavía no los hubiesen recogido, se servirán verificarlo á la mayor brevedad posible en el punto de suscripcion que á continuacion se espresa.

Los suscritores que lo fueron á las dos ediciones que hizo el autor, pueden tomar el *Suplemento*, ó cualquier número de pliegos ó entregas del *Diccionario* que les falte; pero á condicion unos y otros, de que hagan el pedido antes del 30 de setiembre, hasta cuya época queda abierta la suscripcion á 90 rs. tomo, y 24 rs. el *Suplemento*. Desde 1.º de octubre venidero, en adelante, no se venderán del *Diccionario Nacional y Suplemento* mas que juegos completos; es decir, á 224 rs. cada uno por los ordinarios, ó 240 rs. recibido por el correo. Se admiten suscripciones en la imprenta de don José Mateu, plaza del Embajador Vieh, núm. 12, á toda clase de obras y periódicos.

**BIBLIOTECA POPULAR.** Los señores suscritores á esta Biblioteca, que no hubiesen recibido el tomo 28 de la *Historia Universal*, por Cantu, quinto de la *Historia Moderna*: el tomo 29 de las *Obras completas de Buffon*, tercero de los *Cetáceos y de los Peces*; y el núm. 7.º del tomo 3.º de la *Revista enciclopédica*, gratis para los mismos, e servirán pasar á recogerlos en la indicada imprenta, antes del 10 de setiembre para poder verificar el pedido de los siguientes tomos á los ya citados. Continúa abierta la suscripcion en la misma imprenta.

### ERRATA DEL NUMERO ANTERIOR.

Página 129, col. 2.ª, línea 20, se lee *inucion*: léase *intuicion*.

Imprenta de D. José Mateu Garin.